

rrados de Domiciano, estaba cenando con Nerva, recayó la conversación sobre uno de los más odiosos delatores del reinado anterior. — «¿Y qué haría ahora si viviera? preguntó el príncipe. — Cenar con nosotros,» contestó Maurico.

El cónsul Frontó decía también en presencia de Nerva: «Es una gran desgracia vivir bajo un régimen en que todo está prohibido; pero no lo es menos vivir en un reinado en

que está permitido todo.» Y Plinio añadía: «El imperio se hunde sobre el emperador (1).»

Tenfan razón: la autoridad que vacila en ejercer sus derechos legítimos, deja que todo se relaje y caiga. El gobierno, cualesquiera que sean su nombre y forma, debe tener por divisa: *Sub lege imperium*. La ley manda, *imperat*, y el poder encargado de hacerla ejecutar debe mandar como



Traiano (Busto del Vaticano. Braccio Nuovo, núm. 48).

ella, sin desfallecimiento, sin desmayo; de otra manera se pierde el respeto mismo de la ley y entonces todo está perdido.

A decir verdad, Nerva no hizo más que una cosa, pero ella basta á su fama: adoptó á Trajano. La violencia de los pretorianos y algunas turbaciones en el Danubio y en el Rin, hubieron de decidirlo en octubre del 97 á tomar un colega, y por indicación de Licinio Sura (2), eligió al más hábil de sus generales «á fin de restablecer la quebrantada disciplina y dar á la república un príncipe que pudiera hacer frente á toda coacción.»

Después llegaron laureles de la Panonia. Nerva fué á depositarlos al Capitolio á los pies de Júpiter, y tomando por testigos á los dioses y á los hombres «declaró que adoptaba por hijo á Trajano (3).»

(1) *Concussa respublica, ruensque imperium super imperatorem* (Paneg. 6).

(2) *Sura cujus studio imperium arripuerat* (Aur. Victor, *Epit.* 13). Así, Trajano lo colmó de honores é hizo de él como un colega suyo.

(3) Nerva murió tres meses después, el 28 de enero del 98, ha-

II. — TRAJANO (98-117). — GUERRA DÁCICA.

España había ya enviado á Roma toda una colonia de hombres de letras, sabios, poetas, filósofos (4), y ahora iba á darle su primer emperador provincial. Trajano (*M. Ulpius Trajanus*) había nacido el 18 de setiembre del año 52, en *Idlicia* del Betis, uno de los más antiguos establecimientos de ultramar, como quiera que lo fundó Escipión, el Africano, durante la segunda guerra púnica. Hizo sus primeras campañas á las órdenes de su padre, oficial de mérito que había obtenido todos los honores militares y civiles: el

biendo reinado diez y seis meses y nueve días. Hubo en esta adopción una irregularidad, la ausencia del adoptado, cuyo consentimiento era necesario. Nótese que el primer año de su *tribunicia potestas* data del 27 oct. 97, día de su adopción, y que el segundo comenzó el 1.º enero 98. El uso de contar la segunda *potestas tribunicia* desde el 1.º de enero que seguía al advenimiento del príncipe, fué observado por sus sucesores: detalle importante que debe tenerse presente para la cronología de los emperadores.

(4) Herenio Senecio, el amigo de Plinio y una de las víctimas de Domiciano, era natural de la Bética; Licinio Sura era también español.

consulado, el gobierno de Siria, las insignias triunfales, y en fin, el año 79, el proconsulado de la provincia de Asia. Sirvió diez años como tribuno militar en Siria y en el Rin; fué pretor hacia el 85, jefe de una legión en España, cónsul el 91, y después gobernador de la alta Germania: era bravo, hábil, popular en el ejército, á pesar de su firmeza, porque si mantenía severa disciplina, era también siempre justo. En el campamento vivía sin lujo ni molición, con privaciones, si era necesario, y se mezclaba en todos los ejercicios: en campaña dejaba sus caballos con los bagajes para marchar á pie á la cabeza de las tropas, compartiendo sus fatigas y siendo el último que volvía á la tienda. Finalmente, tenía esa facultad de los grandes generales, llena de seducción para el soldado, de poder llamar por su nombre hasta al último de sus oficiales y á los que habían recibido una herida ó una recompensa.

Con esto, á la nueva de su elevación, todos los ejércitos le enviaron felicitaciones, cuya sinceridad no puede ser sospechosa esta vez, como quiera que esta inesperada elección era para ellos un honor y para los jefes militares una esperanza.

Tres meses después recibió Trajano en Colonia á los enviados del senado, que le llevaron la noticia de la muerte del emperador, y contestó con una carta á la vez modesta y digna, en que renovaba el juramento hecho por su padre adoptivo de no imponer jamás á un senador pena capital; promesa extraña que explican los reinados precedentes y que anunciaba, por otra parte, que el nuevo príncipe, como Nerva, llevaría el gobierno del palacio á la curia. Trajano tenía á la sazón cuarenta y seis años.

En prueba de su confianza en el senado dejó que esta asamblea y los cónsules gobernaran á Roma y el imperio, mientras permanecía él en el Rin, terminando los grandes trabajos ordenados por Domiciano. Parece que poseído ya del deseo de devolver su esplendor á las armas romanas, y no viendo nada importante que hacer en esta frontera, quiso constituir una defensiva inexpugnable para no tener que temer una diversión por esta parte, cuando estuviera ocupado lejos de allí (1).

Nos faltan detalles sobre estos trabajos; pero estamos seguros de que empleó bien los tres años de su gobierno, de que empleó mejor aún el cuarto, ó sea el de su adopción, y de que sus sucesores sin duda tuvieron que conservar más bien que continuar el inmenso atrincheramiento de las *tierras decumatas*. Por detrás de esta línea de defensa había establecido numerosos puestos militares, que debían aumentar su fuerza; al Norte, para reemplazar en la orilla izquierda del río el arruinado campamento de *Vetera Castra*, edificó la *Colonia Trajana* (Kelln ó Cleves), cuya guarnición dominaba el curso inferior del Rin; al Sur fundó á *Agua* (Baden Baden) al alcance de los desfiladeros del Schwarzwald; en el centro, en Maguncia, enfrente de la grande entrada de Galia en Germania, echó sobre el Rin un puente permanente, unido por una buena vía de 10,000 pasos á una fortaleza construída hacia el Hochst, en la embocadura del Nidda en el Mein, y que tres siglos más tarde se holgó de encontrar Juliano para atrincherarse contra los alamanes. Acaso haya que colocar también en este momento la expedición de Vestricio Espurina, legado de la baja Germania, que sin combate fué á restablecer al rey de los brúcteros en sus Estados. Tácito, con la exageración que le es habitual,

(1) La *Germania* de Tácito, compuesta el 98, prueba que ya se ocupaban en Roma de aquellos pueblos y se conocían bien sus fuerzas y su carácter. Plinio el Antiguo había ya publicado sobre el mismo asunto una obra en 20 libros con el título de *Guerras de Germania*.

nos había mostrado á este pueblo como aniquilado. Después de su derrota, habiéndose establecido en su territorio chamavos y angrivarios en gran número, creyeron los romanos peligrosa su vecindad y ayudaron á los restos de los brúcteros á constituirse bajo la autoridad de un rey nacional cuya debilidad misma lo mantendría en su dependencia.

Así pues, en el Rin inferior estaba garantizada la seguridad, y la influencia de Roma irradiaba hasta el Weser (2).

Desde las orillas del Rin, había anunciado Trajano á todo el imperio con un acto de firmeza el principio de una administración viril. Nerva le había enviado su anillo y este verso de Homero:

Τίσιαν Δαναοῖ ἐμὰ δάκρυα σοῖσι βέλεσσιν. (3)

«Tus flechas, ¡oh Apolo! hagan expiar mis lágrimas á los hijos de Danao.» Estos hijos de Danao eran para el débil anciano los autores de la última sedición. Trajano los llamó á su presencia, y los unos fueron degradados y los otros desterrados ó condenados á muerte. Todo el mundo comprendió que era preciso obedecer en adelante; pero se supo muy luego que se obedecería á la ley, no á un dominador caprichoso y cruel.



Plotina, mujer de Trajano (4)

Esta larga permanencia en la frontera revelaba poca prisa en correr á las fastuosas pompas de Roma. Pero en una monarquía militar esta conducta era muy política y con ella acabó de granjearse Trajano la voluntad y el corazón de los soldados de todas las legiones. Cuando partió para su capital en la segunda mitad del año 99, los legionarios de su escolta no dieron motivo de ninguna queja en todo el camino: hubiérase creído el modesto séquito de un general. Esta moderación era de buen gusto y de mejor augurio; pero cuando hace fijar una enfrente de otra la cuenta de sus gastos en este viaje y la de otro viaje de Domiciano, lo encuentro poco generoso con un muerto que había preparado su fortuna con los honores y mandos de que lo había investido (5). A su llegada á Roma, nada de pompa ni de ostentoso aparato; solamente el inmenso concurso del pueblo contemplando con plácida extrañeza á aquel emperador que hacía á pie su primera entrada en la capital, á aquel soldado envejecido en los campamentos y afable con los ciudadanos, á aquel valeroso capitán, de alta estatura y aire marcial que manifestaba su respeto al mérito civil y á la edad.

La emperatriz Plotina, mujer de costumbres severas, de que los griegos hicieron, sin razón, una nueva Venus, *Ἀρροδίτη θεὰ νεωτέρα*, no quería más ceremonial en torno de sí. Al subir la escalera del palacio, se volvió hacia la multitud para decirle: «Tal como entro aquí, quiero salir.» Y cumplió su palabra.

(2) Las precauciones tomadas por Domiciano y Trajano en esta frontera permitieron disminuir las fuerzas que la guardaban. Augusto tenía allí ocho legiones (Tacito, *Ann.* IV, 5); en el siglo segundo no se encuentran ya más que cuatro (Borghesi, IV, 217 y 265).

(3) *Iliada*, I, 42.

(4) PLOTINA AVGVSTAE IMP TRAJANI (Gran bronce).

(5) No registraría este acto de una vanidad, después de todo, legítima, si Trajano no hubiera dado con esto el tono á los cortesanos entregándoles la memoria de Domiciano. En la monarquía hereditaria, el hijo con su sola presencia en el trono defiende la memoria de su padre. En el imperio romano, sucedió rara vez que el heredero tuviera interés en proteger á su predecesor contra las calumnias de los facciosos ni aun de los cortesanos.

Nerva había escrito en el frontis del palacio imperial: *Palacio público*; y como en tiempo de Augusto, todos los ciudadanos eran en él admitidos. Trajano hizo lo mismo. Por otra parte, una antigua costumbre exigía que la puerta del pontífice máximo no estuviera nunca cerrada. Dispuso el nuevo emperador que se llevaran á los templos, que entonces servían de museos, los joyeles y objetos preciosos ó raros que adornaban el palacio. «Lo que brillaba en la mansión del príncipe, dice Marcial, pasó como ofrenda á los dioses: así todo el mundo lo verá.» Se le reprochaba menguar el respeto debido á los príncipes permitiendo sobrada familia-



Busto de Plotina (1)

ridad; y el emperador contestaba: «Seré con los demás lo que hubiera querido, de simple particular, que los emperadores fueran conmigo.» En la oración dirigida anualmente á los dioses para la prolongación de su reinado hizo añadir esta cláusula: «Mientras lo merezca;» y en los actos públicos se nombraba después del senado y el pueblo. A ejemplo de Augusto visitaba familiarmente á sus antiguos amigos, asistía á las fiestas de familia y tomaba parte en sus honestos placeres, cenando, paseando ó cazando con ellos.

Un día se le quiso hacer sospechoso á cierto senador, y fué sin escolta, solo enteramente, á comer á su casa. El día siguiente dijo á sus acusadores: «Si hubiera querido matarme, lo hubiera hecho ayer.»

Los Césares y los Flavios, excepto el jefe de la segunda raza, habían sido todos hombres de letras, oradores ó poetas, con más ó menos títulos; todos á lo menos habían probado á escribir. Trajano que había hecho su primera campaña á los catorce años, pudo librarse de la funesta educación de la época, de aquellos retóricos que corrompían el gusto de sus discípulos y á veces su buen sentido. Trajano tuvo la experiencia de los negocios y de la vida, tan necesaria

(1) Este busto de la emperatriz Plotina, encontrado en el monte Celio, está en el museo del Vaticano, sala *Redonda*, núm. 553.

para formar hombres de mando; y como tenía clara inteligencia, espíritu recto y un corazón bien templado, no se sentía celoso de los que poseían las dotes que la naturaleza ó las circunstancias le habían negado á él. En la deferencia de este bravo hombre de guerra para con el senado había ciertamente un pensamiento político; mas me parece ver en él también el respeto involuntario del rudo soldado caído bajo el encanto de las elegancias patricias.

Esta conducta de un príncipe que parecía «conciliar dos cosas hasta entonces contrarias, el poder y la libertad,» le granjeaba la buena voluntad de los Padres conscriptos, tanto como su juramento, renovado en Roma, de no ser causa jamás de la muerte de ningún senador. En garantía de esta promesa, mandó prender á los delatores desacreditados que quedaban y los entregó al ludibrio del público en el anfiteatro, y después los relegó á las islas. Muchas medidas útiles de que hablaremos en sazón, ardiente celo por el bien público y grandes miramientos para con las antiguas familias (2), favores que otorgó á manos llenas á la juventud noble, sobre todo, la amplitud que concedió al senado en sus discursos (3) y la facultad de obrar, aunque no mucho, le aseguraron el afecto de la alta asamblea, que á fines del reinado, le manifestó su gratitud concediéndole el título de *Optimo*, que hasta entonces sólo se había dado á Júpiter.

En cuanto al pueblo, que en la monarquía imperial no hizo, por más que se diga, más que un papel de comparsa, sin intervenir jamás en la política, contento con el congio obtenido y con el aire marcial del nuevo amo, estaba seducido por aquella novedad de un príncipe ciudadano, que iba á pie por las calles, en medio de la multitud, algunas veces en litera con sus amigos y no siempre en el sitio de preferencia. Fuera de esto, veía detrás de Trajano legiones valerosas y afectas. Estas, á quienes no desagradaba sentir que una mano firme las conducía, habían aceptado sin murmurar del nuevo emperador la mitad del donativo ordinario, y de este general en la fuerza de la edad esperaban campañas, victorias y botín.

«Finalmente, exclama Plinio, en vez de ser eclipsada por el príncipe, recibe de él la nobleza nuevo esplendor; César no teme ni espanta á los descendientes de los héroes, á los últimos hijos de la libertad. Si hay en alguna parte un resto de algún antiguo linaje, de una vieja ilustración, Trajano lo reanima; es una fuerza más que da á la república. Los nombres claros están en honor.»

He aquí pues la armonía del príncipe y de la nobleza establecida por Augusto, perdida en los reinados de sus sucesores, y encontrada por Vespasiano, que los Antoninos iban á realizar durante casi un siglo, para dicha del imperio.

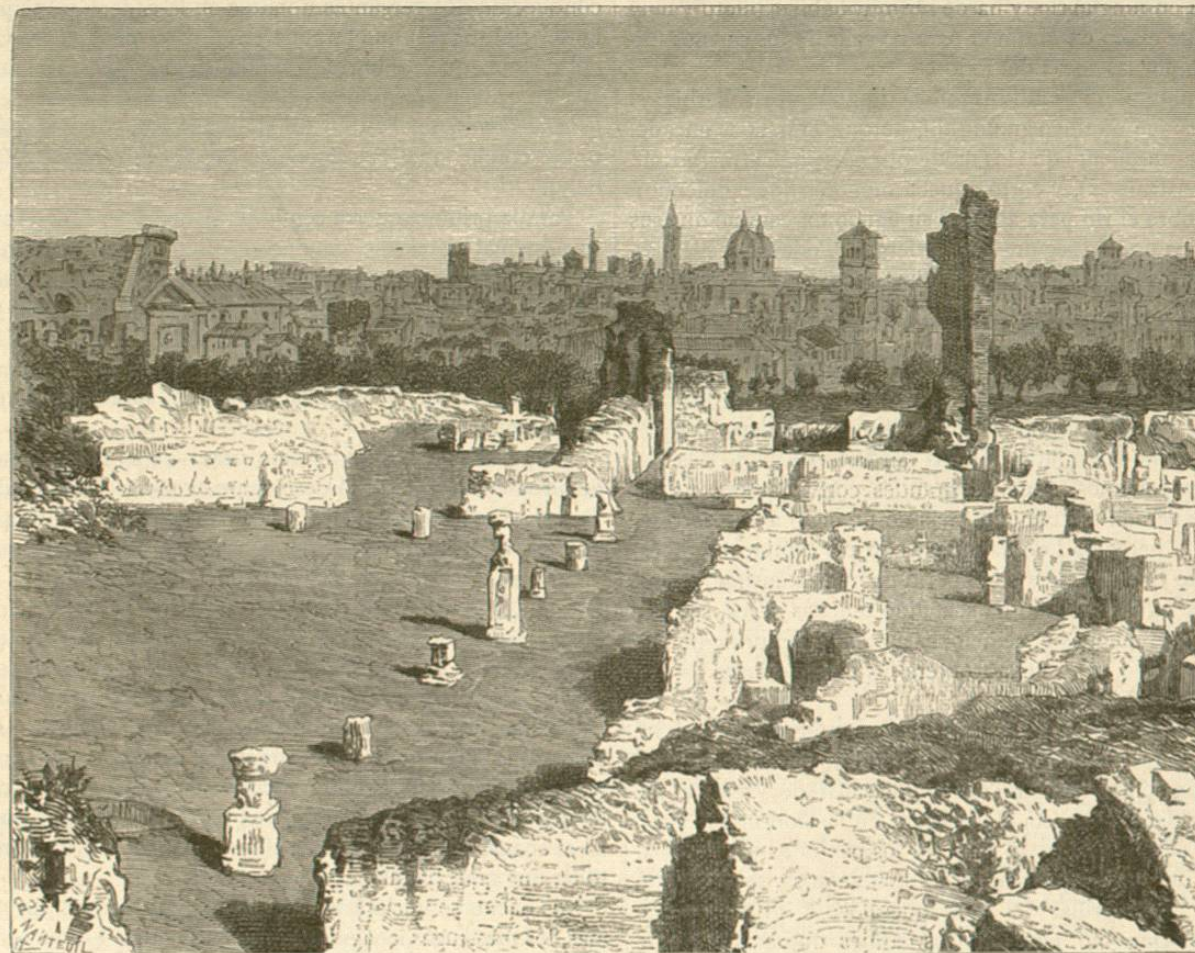
Trajano sólo permaneció en Roma dos años escasos, partiendo luego á la guerra dálica. Sin haber sido tan vergonzosas, como Dion pretende, las expediciones de Domiciano se habían realizado sin honra ni provecho. Dos generales fueron vencidos y muertos y un águila imperial quedó en poder del enemigo. Los dacios habían perdido cierta-

(2) Hizo una refundición de las monedas (Dion, LXVIII, 15), pero conservando mucho de los antiguos tipos para lisonjear el orgullo de las antiguas casas. Entre las medallas refundidas entonces tenemos las de 43 familias de la época republicana: fué como sacar á luz el nobiliario de la antigua Roma. Eckhel cree que hizo también refundir todos los denarios consulares, *per rinovare la memoria dell' antiche famiglie romane*, dice L. Pizzamiglia (*Stor. della mon. rom.*, p. 203). Hubo sin duda en esto una idea de economía, teniendo las nuevas piezas más aleación que las antiguas.

(3) Plinio habla de discursos de cinco, seis y hasta siete horas pronunciados por él mismo, y de tres días completos invertidos en un solo proceso.

mente la última batalla, devuelto sus prisioneros y enviado á Roma una embajada para concluir la paz. El imperio pues hubiera podido en el Danubio como muchas veces en el Rin, aprovecharse de una ventaja final para terminar una guerra embarazosa que llevaba á las aventuras y no á la seguridad; pero Trajano no era hombre que se contentara con esta actitud reservada. Criado en los campamentos, tenía también sus costumbres, y gustaba de los ejercicios militares, de la caza, del vino, de la gente alegre, y sobre todo amaba la guerra, con sus rudos trabajos, la hacía bien y por consiguiente se complacía en hacerla. No examinó si la po-

lítica de Augusto, en cuanto á las fronteras, era la mejor; si una fuerte defensiva, detrás de dos grandes ríos, apoyada en campamentos, un numeroso ejército, ciudades populosas, con intrigas y dinero arrojados en la orilla opuesta, en medio de pueblos enemigos, valían más que el gigantesco plan de penetrar en las Indias y volver á Italia después de haber domado á los bárbaros. El soldado se aburría en Roma (1). Mientras el senado lo fatigaba con sus lisonjas y Plinio con su verbosa elegancia (2), él pensaba en Alejandro y en César, buscando un pretexto de guerra, y como esto era fácil de encontrar, hizo que le dijeran sus oradores que



Ruinas en Itálica

la vergüenza infligida al imperio, en tiempo de Domiciano, á orillas del Danubio era una mengua que debía repararse.

Puede concluirse de algunas palabras de Plinio que durante el invierno del primer año de su principado, que pasó lejos de Roma, había visitado Trajano las legiones de Pannonia y de Mesia para contestar á sus felicitaciones, inspeccionar aquellas fronteras y los campamentos ribereños del

Danubio, calcular la fuerza y recursos de los pueblos que habitaban la otra orilla y comenzar acaso los grandes trabajos ejecutados por esta parte durante su reinado.

En tiempo de Domiciano y de Nerva se había producido allí mucha agitación, habiéndose visto combates desgraciados y dudosas victorias; y puesto que el Rin y el alto Danubio estaban pacificados, creyó Trajano que era preciso también pacificar el Danubio inferior. Hacía bien en volver hacia este lado sus armas, porque por allí estarán los mayores peligros del porvenir y comenzarán por allí las invasiones.

El valle bajo del Danubio está encerrado entre dos cadenas de montañas paralelas una á otra: los Balkanes y los Cárpatos. Pero mientras los primeros van á morir al mar Negro, repliéganse los segundos bruscamente, entre Cronstadt y Fokchany, en la dirección del Oeste, formando el gran recodo ó ángulo en que está comprendida hoy la Transilvania, luego descienden al Sur hasta el Danubio, que dominan con sus abruptas masas en una extensión de más

(1) Puede decirse que de sus veinte años de reinado, estuvo la mitad fuera de Roma.

(2) Cada frase del *Panegirico* está trabajada cuidadosamente, aparte el mal gusto de algunas, tomada acaso por una elegancia latina; pero hay pocas obras literarias tan enojosas como esta fría y larga amplificación. Trajano acaso fué condenado á leerla, pero á dicha no la entendió. Plinio desarrolló en un libro la arenga senatorial que había dirigido él al emperador, al tomar el consulado el año 100, es decir en una época en que Trajano no había hecho nada aún. Cuando se ve lo que un hombre tan probo y digno como Plinio pudo decir en elogio de un príncipe el día siguiente de su advenimiento, se comprende lo que harían los demás y que era menester tener una cabeza muy fuerte para resistir á la embriaguez que vertían todos aquellos lisonjeros.

de 30 leguas. Enfrente de estas moles que separan la llanura del Banat (valle del Temes) de la inmensa llanura válica, envían los Balkanes á la orilla derecha poderosas ondulaciones de terrenos, que se levantan al borde del río hasta 2000 y 3000 pies de altura, y con sus asientos inferiores atraviesan el lecho del Danubio sembrándolo de peligrosos arrecifes. Es el famoso paso llamado las *Puertas de hierro*, que comienza en Drenkova y termina cerca de Orsova. Estrechado el majestuoso río en esta garganta, donde no se miden doscientos metros de anchura por la parte de Cazan, se precipita en ella con furia y pasa dejando torbellinos de espuma: un fuerte viento levanta allí olas que no se ven en ningún río, y ha de ser muy hábil el piloto y muy firme su mano en el timón para no salir de los canales formados por las rocas del fondo.

La naturaleza es allí magnífica, imponente, soberbia: el hombre fué también grande allí, porque Trajano la encadenó con un puente que los modernos no se han atrevido aún á reconstruir (1), y cortó aquella montaña que desciende á pico sobre el río para abrir en su flanco un camino que sus soldados podían seguir en todo tiempo. Todavía puede leerse esta inscripción grabada en una roca:

...*Montis et fluvii anfractibus superatis, viam patefecit...* (2)

La inscripción es del año 100. Debe pues concluirse que parte de los trabajos se comenzó antes de la primera guerra dálica. Aurelio Víctor atribuye á Trajano la apertura de una vía militar que iba del Ponto Euxino á la Galia. Los romanos, aquellos grandes constructores, no habían esperado ciertamente más de un siglo antes de reconocer la necesidad de flanquear con un camino seguro el gran río que defendía su imperio en una extensión de seiscientos leguas, y como ha sucedido muchas veces, se puso la obra de muchas generaciones á cuenta del príncipe que había dejado en aquella frontera los más gloriosos recuerdos (3).

La importancia de los preparativos militares respondió á la grandeza de los trabajos emprendidos para dar al ejército una sólida base de operaciones. Desde Viena, al pie del Kahlenberg, hasta el Troesmis en la Dobrutcha, guardaban ocho legiones el país de los panonios y la Mesia. Cinco de ellas dejaron sus acantonamientos y se reunieron el año 101 á orillas del Save, que llevó el grueso bagaje hasta el Danubio, cerca de los parajes que acabamos de describir, hacia *Viminacium* (Costolatz). Trajano fué á reunirse á la cabeza de diez cohortes pretorianas y la caballería báltava y mauritana. No era demasiado para combatir á un pueblo bravo mandado por un hábil caudillo, de quien la historia habría hecho un héroe, si lo hubiera conocido mejor.

(1) El último puente que se encuentra bajando el Danubio fué construido entre Buda y Pesh, hace 30 ó 40 años.

(2) Estando medio borradas algunas palabras, Mommsen lee así el final de la inscripción: *montibus excisis, annibus superatis, viam fecit*. El camino abierto en la roca subsiste aún y bajando el Danubio se sigue por espacio de muchas millas. Desde en medio del río parece una línea trazada en el flanco de la montaña; no es, en efecto, más que un hueco hecho á algunos pies sobre el nivel de las aguas, de metro y medio de ancho por su base, pero cuya amplitud se doblaba con un piso de maderas que gravitaba sobre el río. Se ve también en la orilla derecha del Alouta, del Danubio á las montañas, una vía romana que llaman los válicos *calea Trajanului*.

(3) Cerca del villajo de Horum, en frente de Kozlamare, en el Banat, se lee en una roca á la derecha del Danubio una inscripción del año 33 ó 34, por consiguiente del reinado de Tiberio, que prueba que en aquella época se ocupaban dos legiones en la construcción de una vía militar á lo largo del río. (Griselini, *Gesch. des Temesv. Banat*, I, pág. 287).

Los dacios ocupaban los dos flancos del enorme promontorio que los Cárpatos proyectan sobre el Danubio: al Oeste el valle del Temes ó el Banat; al Este la llanura válica; pero el centro de su poder, su capital y sus fortalezas estaban más al Norte en el alto valle del Marosch (Transilvania).

Allí pues era adonde se debía ir á dar los golpes decisivos. Podía llegarse á este objetivo por tres caminos distintos: uno al Oeste, por en medio del Banat, pasando por la llamada Puerta de Hierro, la cadena secundaria que separa las cuencas del Temes y del Marosch; los otros dos al Este, por la Pequeña Valaquia, remontando dos valles que conducen á dos gargantas abiertas en la cadena principal, la del Jiul (Schyl) que termina en el paso de Volcán, y la del Alouta, que arrancando en la Transilvania, atraviesa la gran cadena por el famoso desfiladero de la Torre Roja (*Rothe Thurmpass*) al Sur de Hermanstadt. Ambos á dos pasos conducían á las cercanías de *Sarmizegethusa* (Varhely).

Para la primera guerra siguió Trajano, á lo menos con su principal ejército, el camino del Banat, que era el que menos lo alejaba de la Panonia, donde estaban sus reservas; mas para la segunda parece que prefirió los otros: en el segundo caso, marchaba con uno de sus flancos cubierto por la montaña y por consiguiente siempre á la inmediación de fuertes posiciones que tomar, en el caso de un ataque repentino.

Un puente de barcas tendido cerca de la aldea actual de Grodichte le permitió desembarcar en las llanuras del Temes. El ejército avanzó directamente por el camino que se encuentra aun trazado en el mapa de Peutinger, pasó el *Eiserne Thor* (Puerta de Hierro) y torciendo luego al Este, llegó á vista de la principal fortaleza de los dacios, *Sarmizegethusa* (Varhely). La plaza fué tomada con los despojos que habían acumulado en ella muchas generaciones.

Un pueblo establecido en el valle superior del *Theiss*, los burros, procuró interponerse en favor de los dacios: su mensaje estaba escrito con caracteres latinos en un enorme hongo, ó más bien en un escudo. Trajano no hizo caso de una amenaza que venía de un pueblo tan pobre; rechazó al enemigo con arrojo más allá del Marosch y lo derrotó en una gran batalla.

Los dacios se declararon vencidos, y entregaron sus armas, los tráfugas, el águila imperial tomada á Fusco, arrasaron sus fortalezas y se comprometieron á tener por aliados á los amigos del pueblo romano y por enemigos á sus adversarios. El Decéballo mismo se presentó al vencedor á aceptar tan duras condiciones. Su capital recibió una guarnición romana, unida por una serie de puestos fortificados á los campamentos del Danubio. La expedición había exigido dos campañas (101-102) y tres grandes combates, puesto que Trajano fué tres veces proclamado *imperator* por sus soldados.

Después de su victoria volvió á Roma en triunfo con el sobrenombre de *Dácico*, y pagó su bienvenida con dos favores igualmente agradables al pueblo, un congriario y la vuelta de los mimos, contra los cuales había puesto en vigor á su advenimiento la ley de Domiciano.

Pero no bien terminaron las fiestas que siguieron á la solemnidad (4), cuando llegaron del Danubio malas nuevas. Los dacios recobraban aliento, reconstruían sus fuer-

(4) En las del segundo triunfo dálico, en 106 y 107, dió al pueblo por espacio de ciento veintitrés días, juegos en que combatieron diez mil gladiadores y se degollaron hasta once mil fieras (Dion, LXVIII, 15).

tes, reunían armas, reanudaban relaciones con todos los enemigos de Roma y atacaban más allá del Temes á sus aliados, los yaciges. Trajano volvió en medio de sus soldados, resuelto á acabar con aquel pueblo (105).

El ataque principal se dió al Este por los valles de Jiul y Alouta. Para desembocar fácilmente por esta parte hizo que su arquitecto Apolodoro terminara, cerca de *Turn Severin*, un puente comenzado en tiempo de la primera guerra, y cuyos restos existen aún en el fondo del río, donde se han visto, cuando bajan las aguas, diez y seis de los veinte pilares de piedra que sostenían los tramos de madera. La obra sería aun hoy muy difícil; mucho más lo era en tiempo de Trajano, y así no se admirarán bastante los recursos del imperio que lo emprendió y el genio del arquitecto que lo ejecutara. Por aquel punto las márgenes del río están separadas por una distancia de 1,100 metros; en el estiaje se miden aun seis metros de agua en el *thalweg*, el doble durante las crecidas, y el caudal medio pasa de 9,000 metros por segundo. Construir las Pirámides ó el Coliseo había sido una empresa mucho menos difícil.

Antes de que el ejército romano pasara el puente, inquieto el Decéballo, procuró conjurar la tempestad que se le venía encima, haciendo asesinar al emperador. Habien- do fracasado el golpe, pidió la paz y una indemnización de guerra, prometiendo en cambio entregar uno de los mejores generales de Trajano, Casio, que atraído á una conferencia, fué retenido por traición. Por dejar completa libertad á su príncipe, Casio tomó un veneno, y á la nueva de este acto de noble abnegación, se aumentó el ardor de los romanos, se superaron los más difíciles obstáculos, y vencido en todos los encuentros el enemigo, fué forzado en todos sus refugios.

El Decéballo acabó bravamente: en la toma de su último castillo, se arrojó sobre su espada y sus jefes siguieron su ejemplo. Había enterrado sus tesoros en el lecho de un río, cuyo curso se había desviado y dado muerte á los cautivos que habían trabajado en esta obra. Pero uno de los familiares reveló el secreto (fin del año 106). Otro pueblo valeroso, que después de una desesperada resistencia desapareció de la historia, pero no ha muerto del todo, pues queda aún sangre dálica en la población rumana.

La conquista estaba acabada; mas para hacerla duradera llamó Trajano, á la región comprendida entre el Temes y el Alouta (Banat, Transilvania y Pequeña Valaquia) gente sacada de todas las provincias del imperio (1) y veteranos de todas las legiones. Allí organizó dos poderosas colonias, Ulpia Trajana en Sarmizegetusa, en el centro del país, para contenerlo mejor, y Sierna, á las inmediaciones del gran puente, á fin de que sus legiones tuvieran siempre libre entrada en la provincia. Y todavía fundó otras dos en la orilla del Danubio, *Cescus* (Gicen) y *Ratiaria*, cerca de Brsa-Palanca; finalmente, edificó enfrente de la embocadura del Alouta la ciudad de la Victoria, *Nicopolis*, que todavía se llama así.

A estos nombres, pudieron añadirse, si nos los hubieran entregado las ruinas, los nombres de los municipios, de las fortalezas y de los campamentos atrincherados que se establecieron para meter en cultivo aquella fecunda tierra, explotar las minas de los Cárpatos y garantizar á la vez la obediencia de los súbditos y su propia seguridad.

(1) Eutropio, VIII, 3. Los colonos de procedencia latina debieron de ser los más numerosos, porque su lengua ha quedado en el país, en el que se encuentran Angustales que solamente había en las provincias occidentales. Pero las inscripciones muestran asiáticos, galatas, carios, etc., en Napoca y Sarmizegetusa, y dálmatas en *Alburnus major*.

En el risueño valle de Cerna, donde Trajano se detuvo sin duda, cuando fué á vigilar los trabajos del puente, corrían dos fuentes, una sulfurosa y otra ferruginosa: los romanos se dieron buena prisa á construir los baños de Mehadia, que muy pronto se hicieron famosos y lo son todavía. Los consagraron á Hércules porque sus aguas devolvían las fuerzas, y se ha encontrado en ellos una inscripción *Hygie et Veneri*, las dos diosas á quienes en todos tiempos se ha pedido en las estaciones termales la salud y el placer.

Entre estas ciudades, las dos legiones que dejara Trajano en la Dacia, la *XIIIª Gemina* y la *Iª Adjutrix*, abrieron caminos trazados á cordel como los demás del imperio, y en el interior de las ciudades se erigieron altares, templos, anfiteatros, algunos de los cuales datan de los primeros días de la conquista, porque al cabo de medio siglo, tuvo Antonino que reconstruir uno que se caía de puro viejo.

En las montañas de la Transilvania había también minas de oro: Trajano organizó su explotación valiéndose de hábiles mineros llamados de la Dalmacia, donde se tenía el hábito de estos trabajos y que nos dejaron numerosas inscripciones mencionando algunos de sus usos y contratos.

Un comercio activo ligó muy pronto á las antiguas provincias esta bárbara región, donde se veían como en las más viejas ciudades del imperio, colegios ó gremios formados por gentes de oficio, sociedades de negociantes extranjeros establecidos en las ciudades dálicas, y hasta sepulcros de hombres de Palmira ó de Itúrea, que arrastrados por el servicio militar ó por el tráfico mercantil, habían ido á morir tristemente, tan lejos del suelo de la patria.

Ninguna de las inscripciones dálicas que suministran estos detalles, menciona antiguas divinidades del país; pero sí se mienta mucho á los dioses orientales, á Mitra, Isis, Serapis, Júpiter de Tavium (Galacia), Júpiter de Heliópolis (Siria), el *Bonus Puer* (Posforo ú Horo egipcio), la Nehaleña gálica, la Virgen de Cartago, etc. La corriente de colonización determinada por Trajano y sus sucesores había sido tan poderosa que la población indígena, sumergida, no tuvo fuerza para levantarse otra vez bajo la masa de la nueva sociedad, haciéndole aceptar algunas de sus divinidades, como sucedió en Galia después de la conquista de César.

Es preciso pues reconocer que los romanos, dejando á un lado la plebe de Roma, escoria del universo, habían conservado en su decadencia algunas de sus antiguas virtudes ó buenas cualidades. En el segundo siglo de nuestra era, se hubiera podido creer que aquel pueblo de labradores y soldados, que donde quiera que se había establecido, había tomado tan fuertemente la tierra que aun pueden verse sus huellas, se agotó en colonizar á Italia, Galia, España y Africa; y he aquí que la vieja sangre muestra aún su virtud y fecundidad: los colonos de Trajano se asimilaron la antigua población, que se vuelve á encontrar en todos los villajos válicos, donde se reconoce en su alta estatura, en su tez clara y su cabellera rubia, en los movimientos tranquilos y reposados de los hombres del Norte, mientras los descendientes de los colonos conservan su talla corta, los ojos ardientes, los cabellos negros y la vivacidad de los hombres del Mediodía. Bajo la influencia latina estos elementos tan contrarios se combinaron en un todo homogéneo. La Dacia vino á ser una nueva Italia, *Tsarea Roumanesca*; á pesar de las invasiones que ha sufrido, se llama aún la Rumanía; su pueblo es el pueblo rumano, y desde las orillas del Marosch hasta las del Pruth, desde el Danubio á la cima de los Cárpatos, se habla una lengua latina (2).

(2) Una lengua á lo menos cuyo fondo es latino. Así pues el latín no ha dado al rumano más que unas 1,200 voces por 2,800 eslavas;